



"Amphibolos", óleo monumental en el que prima la ingravidez.



"Cantante", técnica mixta. La fuerza y el dramatismo del personaje remecen.

ENTREVISTA | En la persistencia de la pintura

SALVADOR AMENÁBAR:

“Busco una esencia psicológica de los personajes en movimiento”

Cerca de 70 pinturas de los últimos nueve años integran la nueva exposición de este artista que viene experimentando con "la pintura pintura" desde hace casi 30 años. Un burdel clandestino del puerto de Valparaíso es una de sus series más notables que exhibe en el Centro Cultural de Las Condes. Junto a bares y rincones sórdidos, madamas, músicos, retratos y el cuadro "Revolta" que lo envuelve todo con sus seres marginales.

—Y después en su taller vino un complejo trabajo del croquis al soporte.

“Me pregunté cómo podía retratarlo. Era negro, pero tenía que pintarlo en rojo. Además, ¿qué hacer con los personajes que eran siluetas captadas a toda velocidad? Trabajé con modelos y las disfracé de los personajes como la madama del bar; la Diana es otra modelo que representa a una bailarina. Creé composiciones para pintar la figura humana en su ambiente. A varias de ellas, las puse en el mismo lugar, en el mismo espacio compositivo del cuadro. Hay un tránsito de bares, tugurios, sucuchos que terminó en este cabaret”.

—¿En esta exposición hay un trabajo muy especial del color y la luz, del dibujo...?

“Hay un estudio de paletas más distintas con más color. Está toda la escena de Manet que se ve en los cafés, pero está la idea de la mancha. Hay cosas nuevas como el fondo negro plano que admiraba Matisse: ese negro luminoso que se observa en el cuadro de la madama. Se ve el negro que recorta, que endurece y el color púrpura del vestido lo envuelve todo. Elegí el púrpura, el rosa, el rojo para envolver la atmósfera. Y todas las poses de los personajes están pensadas para los cuadros o imitan los croquis que tomé en terreno”.

“Se emocionan al ver el proceso”

—Sobresale la dignidad con que pinta a cada personaje marginado...

“Tiene que ver con que permanezco en el lugar y me relaciono con ellos. Es algo natural. Ellos se emocionan al ver el proceso. No invado sus espacios y si lo hiciera me echan como sucedió en la serie nueva sobre una peluquería. Hice muchos cuadernos dibujados, iba a ese lugar en la calle Clavel que nadie conoce, un espacio abandonado, miserable. Me obsesioné con la idea de pintar un lugar femenino. El peluquero cortando el pelo a una mujer, un bonito tema algo inspirado en Degas. Pero se cansaron de mí...”.

—Ha vivido en forma muy consecuente en los cerros del puerto en una comunidad de artistas que pintaban en

CECILIA VALDÉS URRUTIA

Las casi 70 pinturas dialogan con fuerza en penumbras en las salas principales del segundo piso del Centro Cultural de Las Condes. El artista Salvador Amenábar (1973) llega puntual al encuentro. Dos sillas y una pequeña mesa de caoba nos aguardan junto al potente retrato de la madama del cabaret “El vitrola”, vestida de color púrpura. “Es uno de los puntos altos de la exposición”, reconoce. Poco más allá exhibe una bailarina del burdel y una cantante que estremece. Hay escenas de una peluquería de barrio derruido, se ven los músicos, otra de las pasiones de este pintor que vive en el cerro Cárcel e integró hasta hace muy poco ese mítico grupo de artistas bohemios de los cerros del puerto de Valparaíso, junto a Eduardo Mena, Gonzalo Ila-baca, Pía Subercaseaux y varios más.

Sigue en una constante exploración del lenguaje pictórico y la resignificación que hace de la pintura de la figura humana toma más fuerza. No pinta tal cual ve la realidad, sino la resignifica y un mismo personaje puede aparecer en distintas escenas y en otras pinturas. La historia del arte es una constante: cita a impresionistas, a Goya; piensa en Leonardo (en su obra “La Batalla de Anghiari”) para sus series más abstractas. En su arte prima un profundo interés por las personas: dibuja, pinta y recrea a seres sensibles y a los más sórdidos y marginados —con respeto y dignidad— de los rincones del puerto.

Muchas de sus obras al día siguiente de abrirse la muestra estaban ya reservadas o vendidas. En la inauguración se habló de

“El burdel era clandestino. Yo venía de pintar los antros de Valparaíso donde los vagabundos van a morir”.

“El dibujo es mi base, pero también pinto en vivo. Y hay una serie en técnica mixta, la de los músicos, que hice a partir de fotografías. Pero toda fue producida por mí, con muy poca luz. La idea era hacer algo desde la penumbra y que la imagen entrara por los intersticios”.

En el burdel, la madama

—Volvió a internarse en la noche portefa, esta vez en el cabaret “Nino Vitrola”. ¿Cómo desarrolló esta serie que dibujó en medio del burdel?

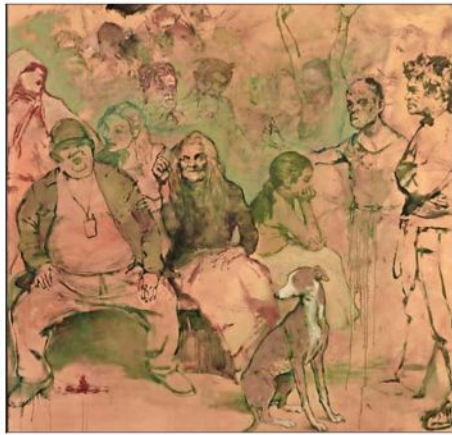
“Era un lugar clandestino que nadie conocía. Yo venía de pintar los antros, los sucuchos de Valparaíso que les llaman restaurantes porque les dan rancho a los vagabundos que van a morir allí. Han desaparecido ahora por la irrupción de la pasta base. Ahí pintaba y dibujaba en vivo y empecé a hacer cuadros con la idea de la masa humana aglomerada. Pero sentí que necesitaba ir a un espacio y entré a este prostíbulo, ‘El Vitrola’, para desarrollar la temática. El dueño del burdel me autorizó a dibujar las niñas sin sus caras. El lugar era como un circo, tenía butacas en dos filas y desde el asiento de atrás dibujaba en el cuaderno casi a oscuras. Era un espectador más: partía a la 1 de la madrugada y salía a las 6 de la mañana. Iba con lápices de colores y no podía ver bien los resultados ahí, pero resultaron unos dibujos con unos colores increíbles. El lugar se quemó en el estallido, cuando el trabajo estaba a medio camino”.



La madama del burdel “El Vitrola”. Uno de los puntos altos de la exposición.



“Eramos un grupo especial que pintaba en rincones del puerto...”



“Revolta” representa el vicio humano. Primero están los marginados que no protestan.



Los bares y restaurantes pobres los aborda con colores luminosos ácidos.

las calles, en lugares oscuros...

“Creo que mi pintura partió como una reacción a lo que pasaba en las escuelas de arte. Quería aprender el oficio, pero las antiguas academias de arte eran rechazadas por la vanguardia. Congelé la universidad y me fui a San Antonio a aprender más del entorno natural. Nunca conocí a Couve que vivía en Cartagena, pero me gustaba mucho su ir contra la corriente, mirar para atrás y buscar la propia y pequeña fórmula, según decía Cézanne. Me atrajo que se convirtiera en un pintor provinciano, marginado, en un lugar ‘decadente’ como Cartagena. Cuando murió me fui a Valparaíso y aquí ‘El Mena’ y Gonzalo Ila-baca se ha-

bían lanzado en forma autodidacta como pintores viajeros. Me iluminaron el camino. Y cuando todos coincidimos se armó un grupo heterogéneo y entretenido, significativo, que andábamos pintando en la calle, en los cerros. Éramos 13 los artistas plásticos e integraban el grupo la Pía Subercaseaux, el loro Coirón, Jesús Perera, los hermanos Camus, Daniel Delano, Camilo Ambrosio, un pintor de la oscuridad y del sufrimiento... Había un espíritu de búsqueda como del Romanticismo”.

—¿Decían que usted era como el profesor de Historia del Arte?

“Nunca fue así. Siempre he sido tímido

do y callado; de profesor creo que para nada. Andaba sí en la búsqueda de la academia, de la técnica. Los otros son más de la ‘guapa’ o estaban en la cosa de la técnica. Éramos jóvenes. ¡Éramos buenos para la fiesta! El Mena (1964-2021) nos unió a todos. Fue el nexo y cuando murió el grupo se deshizo. Nos quedamos para adentro. Nos encerramos... Los mejores cuadros de ‘El Mena’ están en México y en Estados Unidos”.

—¿Y cuáles han sido sus principales desafíos en estas nuevas experimentaciones de los últimos nueve años?

“Uno de los desafíos pictóricos tiene que ver con esta nueva serie de tugurios. Antes eran más grotescos, inquietantes que provocaban miedo. Decidí ahora sacar la oscuridad, la penumbra, el claro oscuro, para crear la misma atmósfera sórdida con colores luminosos ácidos. Por ejemplo, en la película ‘El resplandor’ de Stanley Kubrick, contraría la regla del género del cine de terror donde el miedo habita en la oscuridad, el cineasta hace lo opuesto: inunda el hotel con una luz fuerte, fría y artificial que ilumina cada rincón y los escondites de la amenaza. Retrata un terror psicológico en donde esta amenaza no está escondida en la oscuridad sino en uno; incluso hay una escena exterior en la nieve con el blanco resplandeciente. Algo así, guardando las distancias, quise hacer en la serie de los bares, de los tugurios”.

—¿Hay también algo de caricatura ahí?

“La caricatura parte de un modelo real para burlarse del personaje, aquí no es así. Exagero para buscar más de la verdad interior. Busco una esencia psicológica del movimiento de los personajes. Tiene que ver más con la luz y el color para expresar algo más crudo; incluso lo hago a través de la línea y el trazo”.

“Revolta”. Murales que desconciertan

—En “Revolta” (que da el título a la muestra) mezcla personajes goyescos en una atmósfera pictórica que tiene hasta un personaje romano, junto a otros de hoy. ¿Qué representa aquí?

“Esta obra unifica todas las series y también es una vuelta porque conecta con cuadros antiguos. Está la idea de la masa. El cuadro representa a la ‘lacr humana’, que son los inadaptados, los excluidos, los marginados. Esa masa del primer plano que mira frontal al espectador son los sin voz, los vagabundos, bandidos y cesantes que no protestan, en contraste con otra masa esbozada al fondo del cuadro que representa la insurgencia, el éxtasis y en cierto sentido el delirio. Este cuadro obviamente hace referencia al estallido de octubre del 2019”.

—Por contraste, algo muy onírico son las obras monumentales del final.

¿Hay un homenaje al Dante, al Bosco?

“Se llama ‘Anfibolos’ y es una palabra griega que significa que va en ambas direcciones. En el sentido de que los extremos son complementarios y hay ambigüedad. Un mismo elemento puede ser una estrella, un óvulo o flores. Se inspira en el ‘Kybalión’ que es una obra de principios de 1900 del nuevo pensamiento que innova una tradición del antiguo Egipto tomada de los siete principios herméticos del antiguo sabio Hermes Trismegisto. Pero no tiene nada que ver con la sicodelia: es más onírica. Y se relaciona con la idea de que lo macro y lo micro se juntan. Los desafíos pictóricos tienen que ver con la idea de la verticalidad. Lo novedoso en estas obras que hice es que no hay nada que tenga gravedad, le prendí el botón a la juguera (rie). Y sí puede haber algo inconsciente del Dante, de William Blake, del Bosco”.